

consonni

Izumi  
Suzuki

# Aburridísima

PRÓLOGO  
Chenta Tsai

TRADUCCIÓN  
Tana Oshima



«Izumi Suzuki es la voz literaria, cruda y femenina, de la poco conocida contracultura japonesa de los años 70 y 80. Hasta hace poco desconocida en Occidente, y ahora por primera vez en español, Suzuki nos sumerge de lleno en un mundo distópico y ciberpunk a través del cual nos muestra sus reflexiones y experiencias en torno a las drogas, la música, el paso del tiempo y los roles de género establecidos». **-Tana Oshima**

«Su irreverencia punk sigue siendo deslumbrante». **-Frieze**

«Estos relatos extrañamente premonitorios son perfectos para fans de Haruki Murakami, George Saunders y Philip K. Dick». **-Publishers Weekly**

«Extraño y maravilloso, único e inquietante... No podrás soltarlo». **-Osusume Books**

«Los relatos seleccionados para esta colección muestran a una autora cuyo interés por la alienación y la desesperación, así como por la exploración literaria lúdica, se sitúa en paralelo al de otros gigantes de la ciencia ficción de los años 70 como Joanna Russ o Thomas Disch. Una lectura esencial no solo para quienes se interesan por la ciencia ficción japonesa, sino para cualquiera que

busque una literatura punzante, hermosa y sombría». -**Nell Keep, *Booklist***

«Suzuki es una escritora audaz y estos relatos mostrarán al mundo angloparlante de qué está hecha». -**Jessica Esa, *Metropolis Japan***

«Si te interesa Kobo Abe y prefieres a Ryū Murakami frente a Haruki, no te aburrirás (como ya sugiere el título de esta primera traducción de Suzuki al inglés)». -***The Millions***

«La incorporación más reciente al canon moderno de la obra feminista y surrealista de autoras japonesas: *Aburridísima* le da un giro claramente de ciencia ficción a ese concepto». -***Thrillist* (30 Books We Can't Wait to Read in 2021)**

«Sorprendentemente contemporáneo... con reflexiones pertinentes sobre la mutabilidad del género y la naturaleza esquiva de la identidad». -**Declan O'Driscoll, *Irish Times***

«Mediante elementos especulativos, los relatos oscuros y lúdicos de Suzuki subrayan las realidades de vivir en los peldaños más bajos de la sociedad». -**Patricia Thang, *Book Riot***

**Aburridísima**

**Izumi Suzuki** nació en 1949 en la prefectura de Shizuoka, Japón. Fue una de las primeras mujeres en adentrarse en el terreno de la ciencia ficción literaria en Japón. Hoy en día está considerada una escritora de culto de la contracultura japonesa de los años setenta y ochenta.

Su primera novela, *El blues de Bonnie*, fue galardonada con el Premio Gendai Shinjin para autores noveles en 1969. Ese mismo año se mudó a Tokio, donde trabajó detrás de la barra en bares de alterne, como modelo de desnudo y como actriz de «cine rosa». En 1973 se casó con el saxofonista experimental Kaoru Abe, con quien tuvo una hija unos años después. Se divorciaron en 1977. En 1975, en una época en la que la ciencia ficción estaba dominada por hombres, publicó su primer relato de ciencia ficción, «Aprendiz de bruja», en la conocida revista japonesa *SF Magazine*. Tras la muerte por sobredosis de su exmarido en 1978, Suzuki se dedicó de lleno a la literatura, escribiendo principalmente relatos de ciencia ficción, aunque sin abandonar nunca el teatro, el cine y la televisión, lo que la ha convertido en una curiosa ventana al Japón vanguardista de los setenta. Suzuki se suicidó en su casa en 1986 a los 36 años. A partir de 1993, la editorial japonesa Buyunsha recopiló y publicó casi la totalidad de su obra.





# **Aburridísima**

**Izumi Suzuki**

Traducción de Tana Oshima



Autoría **Izumi Suzuki**  
Traducción del japonés **Tana Oshima**  
Corrección **Miguel Alpuente** y **Sonia Berger**  
Imagen de cubierta **Cumi D. Tamayo**  
Bookwire

Edición **consonni**  
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D  
48003 Bilbao  
[www.consonni.org](http://www.consonni.org)

Primera edición en español:  
noviembre de 2025, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-70-4  
Depósito legal: BI 01198-2025

Edición original en japonés: *Zettai taikutsu* (*Terminal Boredom*: Verso version), BUNYU-Sha Inc by Suzuki Azumi  
© 2014 by Suzuki Azusa. All rights reserved.  
Spanish translation rights arranged with BUNYU-Sha Inc.  
© de la traducción, Tana Oshima, 2025  
© de la imagen de cubierta, Cumi D. Tamayo, 2025  
© de esta edición, consonni ediciones, 2025

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial  
literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística  
del Gobierno Vasco.

**consonni** es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como superpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.

# Índice

[Prólogo. Chenta Tsai](#)

[Un mundo entre mujeres](#)

[You May Dream](#)

[Pícnic nocturno](#)

[El inolvidable Club Náutico](#)

[El humo en tus ojos](#)

[Olvidado](#)

[Aburridísima](#)

## Prólogo

Batakusai (バタ臭い)

Chenta Tsai

Basta una imagen para entender a Izumi Suzuki: en *Endless Waltz* (1995), la película sobre la vida de la novelista del director de cine japonés Kôji Wakamatsu, ella se corta un dedo del pie en la cocina. Lo hace sin gritar, sin anestesia, solo para demostrarle a su marido, el saxofonista Kaoru Abe, que es más fácil que un cuchillo la atravesase a ella que a él. Se corta, deja el dedo en el suelo y, mientras se desangra, fríe un huevo para su marido. En mi cabeza, lo fríe con mantequilla. La sartén chisporrotea. De repente, ella se desploma al suelo. Él se ríe. *You were hurting!*, le dice, como si todo fuera una broma.

Suzuki no escribe: se amputa un dedo, te fríe un huevo y lo narra con la disociación de un presentador de telediario que anuncia un genocidio justo antes de dar paso al pronóstico del tiempo. No solo estaba disociada de sí misma; también lo estaba del Japón de posguerra y de la ocupación estadounidense, refugiada en la escena *underground* musical de Tokio en la década de los setenta, de los movimientos contraculturales importados y la juventud *American Graffiti coded*, del capitalismo agresivo y del vacío existencial. Tan desfasada como lúcida, hurgaba en el cadáver de su tiempo y lo embalsamaba sin anestesia, con el mismo desapego con el que freía los huevos. No lo diseccionaba: lo dejaba expuesto, sangrando todavía, en una vitrina mientras suena «I Got A Mind To Give Up Living» de The Paul Butterfield Blues Band. El fotógrafo Nobuyoshi Araki la llamó *woman of the age* por una razón:

supo encarnar su época gracias a su mirada disociada y desde la cultura pop.

Como Suzuki, yo también me refugié en el pop. En mi caso no fueron los bares de Tokio, sino la MTV USA que apareció una tarde después de volver del colegio en la tele de caja de mis padres en Vallekas. Daria, Beavis and Butthead, Courtney Love tirándole espejos de mano a Madonna mientras la estaban entrevistando... En casa me repetían 崇洋媚外 (*chóngyáng mèiwài*), «adorar lo extranjero y despreciar lo propio», ya fuera lo taiwanés o lo español. Y tenían razón: mi primer amor fue una relación tóxica con una cultura imperialista que daba sentido a mi vida. Mientras en la tele española demonizaban a personas asiáticas del este en *sketches* escritos por futuras promesas de la Chocita del Loro, yo veía a Margaret Cho siendo una *All-American Girl*. A Ellen Degeneres saliendo del armario en una sesión con su terapeuta interpretada por Oprah Winfrey. Mandaba a la gente a *eat my shorts* en vez de multiplicarse por cero. Hay una palabra japonesa para esa infatuación: *batakusai* (バタくさい), «oler a mantequilla». Surgió en el Japón de posguerra para señalar lo excesivamente occidentalizado, lo impostado, lo artificial, cuando productos como la mantequilla, el queso o el pan – símbolos de extranjería, modernidad y lujo– irrumpieron en el mercado doméstico. La mantequilla, en particular, se convirtió en metáfora de la «otredad occidental».

Suzuki escribía friendo con esa mantequilla. Era los Tiktoks de *Cooking my blue collar husband's dinner after his 15 hour shift*. Sus historias, aún consideradas adelantadas para la época, se construyen con un inventario retrofuturista de cultura pop rebotante de colesterol: personajes que silban «I Can't Keep From Cryin' Sometimes» camino a un club náutico en un planeta de rehabilitación emocional; personajes que se visten como en *American Graffiti*, fabricando sus *cosplays* con un

Regenerador de Materiales mientras sueñan con *Star Wars*, *King Kong*, Patti Smith, The Doors, Pink Floyd y el rock 'n' roll. Sus páginas suenan a «Sunglasses at Night» de Corey Hart y a la línea *We're so depressed we wear our shades at night*: gafas oscuras, adulescentes perfilados como moteros de cine *noir* solitarios que a la vez podrían formar parte del *lore* de Edward Hopper.

Además de su devoción por la cultura pop, lo que más me conecta con Izumi Suzuki es su prosa: escribe con la misma indiferencia que aquella mujer estadounidense que apareció en el programa «I Didn't Know I Was Pregnant» de la cadena TLC que creyó estar soltando un pedazo de mierda, o en sus propias palabras: *thought she was releasing a poop*, porque había comido demasiados tacos y, en cambio, dio a luz. Cuentas de Tumblr de musas con *dissociative pout*. Los personajes de Suzuki son títeres manipulados por hilos invisibles que ella mueve con dedos amputados. No saben si están felices o si simplemente han canjeado su cupón de lobotomía 2x1 en Claire's. Para Izumi Suzuki, escribir no fue una forma de explicarse la vida, sino de sobrevivirla. Un ejercicio de autodestrucción lúcida, donde su yo se desprende del cuerpo y se introduce en sus personajes para poner orden en el caos de su cabeza. Para construir, al menos en la ficción, un contexto histórico y emocional que le diera sentido a su existencia.

Leer *Aburridísima* es como pasar junto a un accidente de tráfico en la M-40: el morbo y el asco de querer mirar, preguntarte si verás un cuerpo, si habrá vidrios rotos en el asiento ensangrentado. Porque las personas ignorantes viven mejor. No se enfrentan a lo terrorífico, y por eso pueden creerse especiales. *Pick me's* que dan ternura y pena. Suzuki lo sabía. Cuanto menos cierta una historia, más se puede exagerar.

Ahora, presento una colección de *elevator pitches* para este libro:

Aburridísimo sería...

1. ... Un mundo exclusivamente habitado por mujeres cis, bioesencialista y binario, donde los hombres son confinados en un «área especial» para no perturbar la paz de un sistema matriarcal erigido tras las guerras que ellos mismos convirtieron en infiernos. Allí solo sirven para habitar en granjas humanas donde se les ordeña el esperma en caso de que, fuera de esos muros, alguien quiera reproducirse.

2. ... Que tu amiga te pida mudarte a tus sueños porque el gobierno la «seleccionó aleatoriamente» para criogenizarla y así regular la tasa de población porque ha aumentado demasiado. Tú solo querías un *iced latté* con sirope de vainilla.

3. ... Ser un monstruo y decidir hacer *cosplay* de una familia cisheteronormativa nuclear junto a otros tres monstruos que sobreviven en un planeta deshabitado, intentando ser «normales» y organizar un pícnic nocturno.

4. ... Una clínica localizada en un lugar imposible disfrazada de club náutico. Tomar una cerveza mientras te reprograman a cambio de estabilidad y aceptar olvidar quién eras, porque fingir normalidad es más fácil que curarse.

5. ... Una condena cumplida proclamando una vida sin *gadros*, hasta que terminas tomándolas, mientras una exnovia tuya envejece tres años al compás de «Smoke Gets in Your Eyes». Y descubres que lo peor no era la condena, sino lo que viene después.

6. ... Una humana que se muda a un planeta alienígena para casarse y termina drogada, paranoica, sola. No sabe si su marido es espía.

7. ... Una sociedad sin crimen, celos ni drama. Matar para sentir algo. Porque el horror es preferible a no sentir nada.

Quizás esta hiperreferencia constante a su actualidad es lo único que le permite mantenerse atada a algo. Estas historias fueron escritas tras la muerte de su pareja, el saxofonista Kaoru Abe, por una sobredosis de bromisoval en 1978. Narradas desde cuerpos y voces ajenas, las historias de Suzuki son profundamente personales. Reflejan su duelo, su alienación, su rabia. Surgen del letargo tras el fracaso de las revueltas estudiantiles de las décadas de los sesenta y setenta, del vacío que dejó la muerte de Kaoru. A partir de entonces, la producción literaria de Izumi se intensifica. Las ficciones ya no eran ficción: eran forma de exorcismo.

No puedo imaginar a otra persona traduciendo las historias de Izumi Suzuki que no sea Tana Oshima, quien trabaja desde dentro de la cultura japonesa y se resiste a la domesticación de la cultura del Este asiático para ajustarla a las expectativas occidentales o a esa traducción «turística» que muchos esperan al leer a autoras asiáticas del este. Su enfoque preserva la complejidad y los matices de la obra, sin diluirlos ni simplificarlos.

Se siente como si Izumi escribiera solo para reírse en la cara de sus propios personajes. Como si los modelara con asco, construyendo, como Nüwa, humanos, pero en vez de con arcilla amarilla, restos de heces, los emborronara con serrín y los dejara ahí, atrapados en la mugre de su propia inutilidad, solo para no sentirse tan sola. Aprendió a aceptar la insatisfacción presente en esta selección de historias seleccionadas de docenas de historias cortas. Estaba tan aburridísima que quería morir, y así ocurrió en el año 1986, suicidándose a los 36 años.

En *The Chinese Lady*, el dramaturgo Lloyd Suh pone en boca de Afong Moy: *It is a beautiful thing to look at something long enough to really understand it. But it is so much more beautiful to be looked at long enough to be understood.* Es tentador distraerse con la vida de Suzuki – que a veces parecen titulares de tabloide de la revista *Interviú*, de la página de Paris Hilton o de TMZ– e intentar comprenderla. Pero en ese intento corremos el riesgo de perdernos lo esencial: mirar sus obras para entender su legado como escritora adelantada a su tiempo, cuyos relatos huelen a desapego.

*A aburrimiento.*

*Y a mantequilla.*

# Un mundo entre mujeres

Esta mañana vi a un chico pasar por delante de mi casa.

Cuando se lo conté a mi hermana Asako, me llamó tonta. «¿Cómo va a haber un chico por aquí?»

La verdad es que tiene razón.

En la antigüedad solo había mujeres en la Tierra. Vivían en paz y armonía, pero un día una de las mujeres parió un bebé que era distinto a los demás. Su cuerpo estaba deformado y su comportamiento era agresivo y torpe. Ese ser distinto tuvo hijos y nietos y, después de toda una vida causando molestias, murió. Ese fue el principio de la raza masculina.

El número de hombres fue aumentando cada vez más. Fueron probablemente ellos quienes inventaron las guerras y las herramientas para luchar. Y, lo que era peor aún, empezaron a jugar con distintas ideas y a vivirlas con gran entusiasmo. Que si la revolución, que si el trabajo, que si el arte. Invertían una cantidad inútil de energía en cosas sin forma y encima se jactaban de que esa era la característica peculiar de los hombres, la de vivir apasionados por cosas que no tenían ninguna utilidad práctica en la vida cotidiana, como las aventuras y las novelas. Eran como niños pese a ser adultos y simples pese a aparentar complejidad. Unas criaturas totalmente incontrolables.

Las mujeres tenían algo llamado «amor» que no guardaba ninguna relación con las ideas, sino con aguantarse el sueño y despertarse cuando el bebé lloraba para cambiarle el pañal, o conservar los alimentos que encontraban para compartirlos con otros seres vivos más débiles y pequeños a los que cuidaban. Sin embargo, no los

compartían con extraños; de lo contrario, ni ellas ni su linaje habrían sobrevivido.

Conforme fue incrementándose el número de hombres, las mujeres se vieron obligadas a pegarse a cada uno de ellos para vigilarlos. Aunque era un trabajo que requería mucho esfuerzo, la mayoría de las mujeres tenía el talento necesario para llevarlo a cabo. Las mujeres se convirtieron en las guardianas del hogar.

A lo largo de muchos muchos siglos, los hombres gobernaron la sociedad a base de violencia e intelecto y se dedicaron a hacer una guerra tras otra. Ya fueran grandes o pequeñas, parecía que las guerras aportaban sentido a sus vidas. Hasta se integraron en la vida cotidiana: aparecieron las guerras de tráfico, las de exámenes, etc. Sin embargo, cuando estas cosas se volvieron insostenibles de tan frecuentes y abundantes que eran, se dejaron de llamar «guerras». Los responsables de esta decadencia fueron, evidentemente, los hombres. Y, cuando la situación de los accidentes de tráfico y de la competitividad en los exámenes alcanzó niveles insoportables, dieron con una nueva palabra: «infierno». Pasaron a llamarse infierno de tráfico, infierno de exámenes.

Las fábricas continuaron produciendo y la sociedad pareció entrar en una época de progreso y armonía. Sin embargo, algo extraño ocurrió. En la segunda mitad del siglo xx empezó a reducirse el número de niños que nacían. Según dicen, fue uno de esos desastres causados por el hombre. Los inventores del motor a vapor nunca se podrían haber imaginado que eso mismo los llevaría a su extinción.

La cuestión es que cada vez había menos hombres. No sé muy bien por qué se estableció así, pero por entonces ya estaba muy arraigada la costumbre de amar a una única persona. Una única mujer amaba a un único hombre. Las mujeres se hundieron en la tristeza. El número de hombres continuó disminuyendo.

En la actualidad, es muy difícil verlos fuera de las Áreas Especiales de Residencia.

-¿No habrás tenido una alucinación?

Asako me sirvió una taza de té inglés. Al oírle decir eso, dudé de mí misma.

-¿Tú crees? Pero luego busqué en un libro cómo vestían los chicos en la segunda mitad del siglo xx, y este vestía como ellos. Llevaban el pelo corto y pantalones de pata de elefante.

-Yo también me visto así.

Asako llevaba el pelo muy corto y una camiseta de hilo.

-Sí, bueno, es verdad, pero los pantalones del chico que vi no tenían la pata tan ancha. Estaban pegados a la pierna. Y su pecho era completamente plano.

-Hay mujeres así.

-No sé, tenía un aire diferente, en general. Alto, enérgico, con una estructura ósea gruesa. Desprendía una fuerza inusual.

-Pero ¿cómo puedes saberlo si es la primera vez que ves a uno? A mí me llevaron un día a una de esas Áreas Especiales en una visita escolar, fue poco antes de graduarme. La verdad es que no me los imaginaba así, tan brutos y malolientes. Me dieron todos muy mala impresión. No sé si se debe a que están encerrados, pero da la sensación de que son unos vagos. Deberías ir tú también; entenderás a lo que me refiero. A mí no me gustaron nada. Por cierto, ¿de dónde has sacado el libro que consultaste?

Estaba prohibido producir o reproducir material relacionado con los hombres.

-Estaba en casa de una amiga.

-¿Y por qué?

-Al parecer su madre trabaja en el Ministerio de Información. Tampoco ella sabe muy bien qué hace. La cuestión es que abrió la llave del despacho con una horquilla y me dijo que podía leer el libro que quisiera.

-Una delincuente hecha y derecha.

-Había muchos rollos de películas también.

-Si la pillan se va a meter en un buen lío. Yūko, igual no lo sabes todavía, pero esas cosas van en contra de la ley, que no se te olvide. Lo más importante es mantener el orden, respetar las decisiones que otras han tomado por nosotras. Si somos todas capaces de respetar las reglas, entonces podremos evitar que la humanidad se extinga.

Me habló con dulzura, como buena hermana mayor que era. Añadí leche a mi té.

-¿Con «humanidad» te refieres a las mujeres?

-¡Pues claro! ¿No te lo han enseñado tus profesoras?

-Sí, sí me lo han enseñado.

-Pues eso.

-Pero ¿y los hombres?

-Son una variante deformada y marginal del ser humano.

-Pero tuvieron su época dorada, ¿no?

En el cole no nos enseñan bien esa parte de la Historia. Las cosas malas como esas se aprenden en secreto entre amigas. Hace dos o tres años se publicó de forma clandestina un documento llamado EXPERIMENTOS CON HOMBRES. A mí me lo enseñó una amiga. Finalmente, la policía lo descubrió e interceptó la publicación. Las responsables fueron detenidas y están cumpliendo condena en la cárcel.

«Una publicación monstruosa que incita a la curiosidad», dijo el periódico mural.

Hace tiempo, en la época de mi abuela, los periódicos se repartían de casa en casa y la red de transportes se expandía en todas las direcciones. Todavía hoy se pueden ver las columnas gruesas de cemento entre las ruinas de las autopistas. Yo intento no acercarme a ellas; tienen aspecto de que podrían derrumbarse en cualquier momento. Cuando escasearon los recursos, las fábricas dejaron de producir y el número de hombres disminuyó. Mis profesoras me han enseñado que fueron ellos, los hombres, quienes crearon tan terrorífica civilización. En

muy poco tiempo llegaron casi a agotar el petróleo. Apenas quedan reservas. Por eso nuestra producción energética actual proviene casi toda del sol. A las mujeres no les quedó más remedio que proteger el planeta que los hombres estaban destruyendo.

Al parecer, por entonces, cada casa tenía un aparato llamado televisor. Yo no me puedo imaginar cómo era eso de que le dieras a un interruptor y pudieras ver todo tipo de espectáculos desde primera hora de la mañana hasta la medianoche. ¡Y pensar que podían ver todo eso gratis! Dicen que algunas emisoras, como una que se llamaba NHK, sí cobraban al principio a los espectadores, pero al final la gente dejó de pagar. En todo caso, todos aquellos espectáculos suponían un gran entretenimiento para las mujeres. Mi abuela me contó que de pequeña veía la televisión todos los días. Aunque era una época en la que tanto hombres como mujeres se veían atrapados en el infierno de los exámenes, a la madre de mi abuela no le importaban demasiado esas cosas. Mi abuela quería ser cantante. Eso me contó. Por lo visto, en aquella época las cantantes salían constantemente en la televisión y, como las veía mucha gente, gente común, enseguida se hacían famosas. Y, una vez famosas, muchísima gente iba a sus conciertos. A mí me resulta difícil creer que hubiera un tiempo en el que casi todo el mundo veía la tele. Hasta he llegado a sentir pena por la desaparición de los hombres y las cadenas de televisión.

-Deja de decir tonterías y vete a dormir... Son las ocho, es la hora del apagón -nada más decirlo, la bombilla, ya de por sí tenue, se oscureció del todo. La luna proyectó unas rayas de luz sobre la mesa-. Mira la luna, qué grande y roja. Está ahí -dijo Asako señalando con el dedo.

Nos acabamos lo que quedaba del té y nos quedamos contemplando la luna. Estaba muy baja. Parecía hinchada y flácida y tenía un color desagradable.

-¿Qué crees que estará haciendo mamá ahora?